

que sería la cobardía más grande que yo pudiera consentir! ¡Yo juro por lo más sagrado que pueda haber, por la salvación de mi alma, por Dios creador y providente en quien no he dejado de adorar un instante, que he de proteger á estos míseros, cuéstemelo que me cueste!... Dicen que Juárez reside en San Luis: yo iré allá y me echaré á sus pies para pedirle que impida la serie de atrocidades con que nos amenazan la intemperancia de Escobedo y la sed de sangre de sus gentes... ¡A San Luis!...

(Sale cubierta con un velo, y aunque busca á la salida á los militares que vió aglomerados á las puertas del hospital al principio de la escena, encuentra la plazoleta enteramente despejada.)

### JORNADA III

Prisión del Emperador en el convento de las Teresitas. La celda de Maximiliano es cuarto grande y desahajado; pero la gracia de Dios le entra en forma de luz que se cuele sin cumplidos por dos ventanones, y en forma de efluvio primaveral que envía la huerta próxima. Las ramas de un fresno se meten hasta la habitación del prisionero y logran darle los buenos días.

#### ESCENA PRIMERA

MAXIMILIANO, la PRINCESA DE SALM-SALM, el PRÍNCIPE, su marido, y el Doctor BASCH.

La Princesa de Salm-Salm, ó Agnes, como se le llama familiarmente, es una americana más bien baja que alta de cuerpo, esbelta, elegante y llena de distinción y desembarazo en sus maneras, como quien está adiestrada en todos los deportes y hecha á todas las fatigas. Es rubia, de tez nacarada, de esa tez que sólo tienen los niños de pocos meses y los ingleses é inglesas de buena casa, y que parece mostrar bajo la carnación clara, nítida y albeante, el correr de la sangre roja, fresca y joven por las venas transparentes, azules y delgadas. Los ojos son «claros, serenos» y aun sobra quien asegure que «de dulce mirar son alabados», pues al parecer la Princesa apechugó con su ilustre marido, llevada sólo por ese afán (que no por hallarse entonces en mantillas dejaba de estar latente en la raza) de buscar pergaminos con que ennoblecen las talegas, sirviendo el dinero de estiércol fertilizador de la agotada tierra de los solares de viejo abolengo. El apellido de Agnes es Leclère; pero lo curioso es que se disputa si la linda criatura fué ó no fué... ¿cómo lo diré yo? suripanta, *écuyère*, trapecionista ó cosa así. ¿En realidad surcó la arena de los circos pasando bajo aros de fuego, trepada en alguno de esos corceles blancos ó retintos que parecen sena-



dores por lo majestuosos y maestros de ceremonia por lo discretos, ó se le atribuían semejantes habilidades por lo determinado y resuelto de sus maneras, por la gallardía de sus andares y por ese aire de qué se me da á mí, que en ella era tan natural? Cuestiones son estas que no resuelve ni siquiera plantea la deidad solemne y estirada á quien llaman Clío, que, al parecer, tiene encargo de trasladar á los hombres el conocimiento de lo que los otros hombres hacen ó hicieron, y que decorosamente pueda salir á luz en el *Diario Oficial* de un gobierno respetable y digno.

Sea de ello lo que fuere, como dicen los juristas, para el conocimiento de esta verídica cuanto trascendental historia, basta con saber que Agnes participaba al mismo tiempo de ese carácter soñador y romántico, ocasionado á los disparates más gordos y á las soluciones más absurdas y extraordinarias, y del positivismo y del sentido práctico necesarios para aplicarles á la realización de lo más estupendo y descabellado, de tal manera, que, suponiendo que lo que pensaba ó intentaba fuera posible ó conveniente, lo que ejecutaba sería lo más apropiado y discreto.

Agnes lleva la falda rota, los zapatos empolvados, las manos llenas de rasguños, el peinado descompuesto, aunque arreglado con esa suprema elegancia que hace aparecer á la mujer guapa que no ha pasado el peine por sus cabellos, una estatua de la remota antigüedad helénica; el mirar es extraviado, la voz como tomada de espanto, el andar vacilante; lleva el susto y el dolor retratados en el rostro de gata bonita y mimosa. Acaba Maximiliano de hacer sus sumarias abluciones cuando oye tocar suavemente á su puerta: es el marido de Agnes, que llega conduciendo á ésta de la mano y hablando con ella en alemán, lengua en que pasan todas las conversaciones entre los cónyuges y el Emperador. Agnes está pálida y camina con paso vacilante, pues acaba de sufrir un supiripando al pasar por los corredores en que duermen los soldados y al percibir un fuerte olor de humanidad acumulada y soñolienta.

SALM-SALM

¿Da permiso Vuestra Majestad?

MAXIMILIANO

Adelante, mi buen Félix, adelante, que no encontraréis más que á mi médico, el doctor Basch, que se apresta á salir.

SALM-SALM

Que se quede el doctor, que no sólo no estorba, sino que...

(Basch hace al sesgo una reverencia torpe de hombre á quien las faldas incomodan y conturban, y sale sin hablar palabra.)



MAXIMILIANO

(Se adelanta con gentil ademán á recibir á la dama é inclinándose le besa la mano con devoción no fingida y con galantería y gracia exquisitas.)

Ya sabía, señora, que habíais sido tan buena que teníais determinado visitar á los pobres vencidos; mas ignoraba que tuvierais la intención de alegrar con vuestra presencia esta celda de prisionero olvidado y lleno de penas... Es mucha galantería la vuestra...



AGNES

(Conmovida; se conoce que en su ánimo novelesco, batallador y aventurero ha labrado hondamente, desde el primer instante, la desgracia del imperial cautivo, á quien no había visto nunca, y de quien apenas tenia datos vagos por las relaciones de su marido.)

¡Oh, Sire! Ó el autor de la naturaleza padece, ó el mundo se acaba. ¿Cómo pensar que miraría alguna vez preso y aherrojado á un descendiente de reyes, de los reyes que conquistaron estos países para la civilización?...

(Llora desconsolada, reclinándose en la cama de hierro que constituye la mejor alhaja de la celda imperial.)

MAXIMILIANO

No lloréis, señora, que vuestro llanto me aflige como no han llegado á affigirme mis desgracias... Llorar una dama y una dama tan gentil como vos, por lo que acontece á un hombre que ya contaba con tales cosas, casi es para que se sientan deseos de caer de nuevo prisionero, y de pasar mayores penas de las que se han sufrido, á trueque de tener tan cruel satisfacción... Pero decidme algo de mi buena ciudad de México, que estoy con el alma en un hilo, y sin saber á qué atenerme...

AGNES

Sire, México, está sitiado por el ejército de Porfirio Díaz...

MAXIMILIANO

¡De Porfirio Díaz!... Vaya que me dais una terrible noticia... ¿Conque sitiado?... ¡Pues vaya que cumplió admirablemente su misión el famoso Leopardo!...

AGNES

Yo ví, Sire, entrar las avanzadas liberales; traían famosos caballos, lucidos uniformes, grandes trenes de guerra, y todo, todo quitado á vuestras tropas... En San Lorenzo quedó derrotado el maldito traidor, y á México sólo entraron restos de los regimientos austriacos...

MAXIMILIANO

¡Pícaro, más que pícaro; ladrón, más que ladrón!... ¿Conque también á mis tropas austriacas, conque también á mis húsares?... ¿Y qué hace Kodolisch? ¿Y qué dice Khevenhuller?

TOMO IV.—131



AGNES

Fuí á proponerles que se rindieran, ya que Vuestra Majestad estaba prisionero y ya que, caído Querétaro, no valía la pena de prolongar una resistencia que sólo aprovecharía á los insensatos que tratan de medrar con el desconcierto de este pobre país...

MAXIMILIANO

¿Vos, señora? ¡Pobre ángel!... ¿Y esas manos delicadas, y esos pies tan lindos y tan graciosos, y esa voz llena de dulzuras se han empleado en llevar recados y en comunicar nuevas?...

AGNES

(Conmovida.)

Sire, ¿qué menos podía haber hecho, que servir en lo poco que estaba en mi mano, al jefe que tantas bondades ha tenido para quien yo más amo en el mundo?

EL PRÍNCIPE SALM

Decidle que os cuente, Sire, las penalidades que ha tenido que pasar, antes de llegar aquí...

AGNES

¡Oh! es cosa larga de decirse y no quisiera distraer á Vuestra Majestad de sus altas meditaciones...

MAXIMILIANO

Por el contrario, por el contrario; divagaremos la pena y dejaremos de pensar en lo que nos espera, ¿verdad, Félix?

AGNES

Empezaré por decir á Vuestra Majestad que tuve un sueño... porque yo creo en sueños, permíteme Vuestra Majestad que se lo diga... Soñé que mi esposo estaba herido, que Vuestra Majestad se le acercaba y le decía con tono de aflicción que no le dejara solo... Entonces, Salm pronunció mi nombre «—Agnes, Agnes», dijo, y luego vi mucha sangre y muchos horrores; se batían por todas partes, había gran exterminio y mucho estruendo, y al fin desperté sudorosa y agitada, segura de que había acaecido una desgracia y de que vos y mi esposo os hallabais en un gran peligro... Yo vivía en Tacubaya, en la casa del señor Hube, el excelente anciano que servía al consulado general de Prusia ante vuestro Gobierno; le manifesté deseos de ir á México y se indignó como no podéis figura-